

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECERO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 3 rs., seis 10, y un año 30.
PROVINCIA: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 54.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
AMÉRICA: Seis meses 28, y un año 50.
FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONERSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LA ADULACION.

Los que respetuosamente doblan la rodilla ante el becerro de oro, los que creen que el dinero abre todas las puertas y gana todas las voluntades, están en un error y deben darse por vencidos.

Hay otra cosa cuyo poder es infinitamente mayor que el del dinero.

Una llave de oro abre, con efecto, muchas, muchísimas puertas.

Un puñado de dinero se atrae más de cuatro simpatías, y conquista no pocos corazones.

Pero el codiciado metal no es sino la segunda palanca que conmueve en sus cimientos al siglo XIX.

La primera palanca es otra cosa que vale menos, y que produce más.

No brilla como el oro, ni suena como el dinero.

Es una cosa que está al alcance de todas las fortunas, aunque no se aviene con todos los caracteres.

Es una cosa que puede expresarse con una palabra, con un gesto, con una sonrisa.

Es una especie de música que conmueve y deleita.

Es una cosa, en fin, conocida como el gran recurso de nuestros días, y que lleva por nombre la adulación.

La adulación todo lo facilita, todo lo allana, todo lo consigue.

La adulación es una escala que conduce a los más elevados puestos de la fortuna.

Hay lenguas que se bañan diariamente en el barniz de la lisonja.

Corazones que se abren al influjo poderoso de la adulación, como se abren los capullos de una rosa al verse acariciados por la brisa de la Primavera.

La adulación vive de la caridad pública, pero vive con mucho desahogo.

¡Es tanto lo que recoge!...

La adulación es enemiga de la miseria.

Dentro de la choza del mendigo, no sirve para nada: la atmósfera de la pobreza la ahoga.

Necesita respirar el perfumado ambiente de los salones.

Solo se muestra expansiva cuando se ve cerca del oro, cuando se encuentra rodeada de gases y de encajes.

La adulación tiene pretensiones de gran señora.

Pero en medio de sus ínfulas, en medio de su reconocida aversión a la pobreza, la adulación no deja nunca de sonreír ni de halagar al hombre de más humilde posición, cuando de aquel hombre trata de hacer un ciego instrumento para conseguir más altos fines.

El adulator, en caso de apuro, lo aprovecha todo.

Los que rinden culto a la adulación, no se equivocan nunca al tender sus redes: saben muy bien a dónde se dirigen.

He aquí lo que, para mí, constituye el principal talento de los adultores.

Desgraciadamente hay tantos y tantos en el mundo, que prefieren a una melodía de Beethoven, la cadenciosa música de la lisonja.

El adulator es una especie de usurero que vive de la vida de los demás.

La mariposa revolotea en derredor de la llama, y en la llama muere.

El hombre que encuentra satisfecho su amor propio, después de haber aspirado el veneno de la lisonja, se pavonea orgulloso y tranquilo; pero ¡ay! el adulator es la llama; el adulado, la mariposa.

Hay muchos que prefieren un adulator a un buen amigo.

El primero les deleita engañándoles; el segundo, tal vez los martiriza diciéndoles la verdad.

Las verdades ofenden como los rayos del sol.

Por otra parte, ¿quién no se deja llevar de esa mentira dulce y perfumada que embarga nuestros sentidos y nos hace olvidar una gran parte de nuestras flaquezas?

Hay hombres que van con gusto hasta el precipicio, siempre que el camino que al precipicio conduzca esté sembrado de flores.

No les digais una sola palabra, no les anunciéis el peligro que corren, porque sería inútil.

El que llega a ser víctima de la adulación, todo lo sacrifica en aras del amor propio satisfecho.

Ciertas personas detestan al que bien las quiere, porque no las adula, y enaltecen y recompensan al que las recrea el oído.

De la envidia nació la lisonja, y de la lisonja la vanidad.

Por eso hay entre nosotros tantas eminencias, tantas celebridades, tantos nombres ilustres.

Y ¡cosa rara!... los adultores no se conocen a sí mismos.

Un adulator, merced a su industria, consigue muchas veces subir de la clase más infima de la sociedad a la más elevada.

Pues bien: lo primero que hace es rodearse de adultores.

Necesita, sin duda, que el humo embriagador del incienso de la adulación le haga olvidar la penuria de sus primeros años.

Es muy difícil comprender a primera vista hasta dónde llega el poder de la adulación.

Dos individuos solicitan un destino:

El primero tiene la desgracia de no saber mentir; lleva el corazón en la mano, y no puede prescindir de amar al prójimo,

El segundo, por el contrario, posee todo un repertorio de falsas sonrisas, no habla nunca con sinceridad, pero tiene habilidad bastante para engañar a los que le escuchan, medrando siempre a costa del prójimo.

Ya puede asegurarse que el destino no será nunca para el primer individuo, porque el segundo cuenta con dotes inapreciables para hacerse lugar en todas partes.

Por fuerza los adultores deben vivir muy satisfechos de sí mismos.

La magia de su palabra hace sonreír a la mujer más incrédula y menos apegada a la adulación.

—«¡Calle V., lisonjero!»—es lo más que se permite decir la mujer cuando el hombre la cubre con las flores de la lisonja.

Algunas mujeres aprecian más a un adulator que a un espejo de cuerpo entero, porque los espejos, sobre carecer de la música de la palabra, solo saben decir la verdad.

Son innumerables las víctimas que hace la lisonja cuando asesta sus tiros al bello sexo.

La lisonja se filtra de una manera peligrosa en el corazón de la mujer.

De una joven, llena de juicio y de modestia, consigue hacer muchas veces una insufrible coqueta.

La lisonja enseña el camino de la vanidad, y la vanidad, uno de los más perniciosos frutos de la lisonja, se apodera muy fácilmente de una gran parte del sexo débil.

Una mujer hermosa en presencia de un adulator, no deja nunca de sonreír.

Pero aquella sonrisa tiene mucho de satisfacción y muy poco de reconocimiento.

Es una sonrisa que puede traducirse de esta manera:—«Y ¿qué me cuenta V?»

Es la misma sonrisa que emplea la mujer hermosa cuando, para pasar revista a sus atractivos y a sus gracias, se coloca delante del espejo.

Tratándose de una mujer fea, ya es otra cosa.

El adulator, si sabe cumplir con su deber, observa desde luego que la mujer fea le oye, primero con desconfianza, después con gratitud, y últimamente con embeleso.

Las mujeres, con quienes la naturaleza no se mostró pródiga al dotarlas de prendas físicas, son completamente felices, y hasta se olvidan de sí mismas escuchando a un adulator de oficio.

¡Pero qué triste y qué desconsolador es el momento en que un desengaño viene a robarnos nuestras sencillas ilusiones!...

Las ilusiones de la mujer fea mueren con la misma facilidad con que nacen.

Dos gotas de agua no son más parecidas que el humo y la lisonja que se emplea con una mujer fea.

El humo asfixia, ahoga: la lisonja envenena, mata; y una ráfaga de viento no deja rastro ni del humo, ni de la lisonja.

Yo creo que la mentira más perjudicial y más odiosa es la que hace brotar una ilusión envuelta en una esperanza.

Hay muchos aduladores que, si se detuvieran á considerar lo amargos que son los frutos que produce la semilla de la adulacion, no abusarian tanto de la palabra.

Pero ello es indudable que la adulacion es la gran palanca de nuestro siglo.

Si todos los cesantes gustaran de la lisonja, la mayor parte de los ministros se verian seriamente comprometidos á cada momento.

¡Sería tan difícil dar colocacion á todos los cesantes que hay en España!...

¡Pero al mismo tiempo la adulacion es tan provocativa, tan dulce, tan conmovedora!...

La experiencia es la que se encarga de ponernos de manifiesto de cuando en cuando todo lo que tiene de peligroso el placer de dejarse llevar de la adulacion.

De seguro no hubiera llegado á echar raices la privanza de que disfrutó el Conde-Duque de Olivares, si la lisonja no hubiera encontrado eco en el corazon de Felipe IV.

¡Maldita lisonja!...

Pero ya se vé, ¡es tan hermoso para algunas personas el encontrar quien tribute aplausos á lo que solo merece una severa censura!

¡Tiene tanto atractivo para ciertos caracteres hallar en el mundo personas que fomenten el error, en vez de disiparle, añadiendo una más á las muchas y quiméricas ilusiones de que constan tantos y tantos castillos como se fabrican en el aire!

Así es que para los que temen ver atacada la vanidad de su amor propio, no tiene precio el hombre que á todo dice amen, y que no dispone de su voluntad sino para someterla á la voluntad ajena.

¡Cuánta miseria hay en el mundo!...

Y ahora recuerdo que, sin querer, me olvido de aquellos aduladores que practican la adulacion de una manera sumamente original, echando mano del silencio.

Hay aduladores que no hablan.

Emplean únicamente cierta mímica especial, y dicen á todo que sí, valiéndose de un estudiado movimiento de cabeza.

Cualquiera diria que no sirven para el papel que representan y que viven avergonzados de sí mismos; pero los que tal dijeran se equivocarian lastimosamente.

Semejantes aduladores me producen un efecto muy parecido al que me causan las figuras de movimiento.

Bien es verdad que un adulador no es más que un maniquí que pasa por el mundo mendigando favores y sonrisas.

No sirve para otra cosa.

Pero conviene tener presente que esas figurillas de movimiento, de tal manera van invadiéndolo todo, que hoy el que no sabe adular está muy expuesto á morir de hambre.

Forzoso es confesar, por lo tanto, que la adulacion es un resorte admirable y un magnífico recurso.

La adulacion es bien recibida en todas partes; porque ¡quién es el que no experimenta un secreto placer ante el elogio de las miserias y de las debilidades humanas?

Solo el hombre que haya perdido la honra, solo el desgraciado que no pueda mirarse en el delicado cristal de la conciencia, será el que, sin dejar de mostrarse complacido al verse acariciado por un adulador, no podrá menos de exclamar interiormente: —«Este hombre, ó no me ha conocido, ó finge no conocerme.»

¡Pobres aduladores y qué dignos son de lástima, en medio de lo mucho que produce el oficio á que están dedicados!...

No concluiré, queridos lectores, sin presentaros la *vera efigie* del adulador.

¡Habeis visto alguna vez qué admirablemente se endereza, se arrastra y se enrosca la taimada culebra al pié de un árbol hasta que consigue atraer con su emponzoñado hálito al débil pajarrillo que, lleno de temor, se oculta entre el espeso follaje?

Pues eso mismo hace el adulador.

El adulador, como la culebra, se agita, se humilla y se arrastra á los piés de su víctima, hasta que consigue dejar preso en sus redes al que goza absorbiendo por completo el hálito impuro de la lisonja.

Los aduladores son la polilla de la sociedad. Asquerosa polilla que todo lo mina y todo lo destruye.

LA POLÍTICA.

La política es la ciencia, de gobernar las naciones, han dicho quinientas veces los más ilustres autores; y yo, que estoy en un todo con esa opinion conforme, tengo que decir muy alto, ó lo que es lo mismo, á voces, que habrá vivido esa ciencia en otros tiempos mejores, más de ella no queda rastro ni aquí nadie la conoce, y aunque anden por esas calles á pié, á caballo y en coche, cien mil ó mas personajes venidos no sé de dónde, llamados hombres políticos, presumo que por mal nombre, la política que saben, á juzgar por sus acciones, es una ciencia muy cuca que, y VV. me perdonen, se me figura una especie de arte de Birlibiloque. Ministros yo no sé cuántos hubo de todos colores, y es mucho cuento, entre todos no salió ni un solo hombre que del Estado cuitado sacara la nave á flote.

Quitar, repartir empleos, colgarse cruces y honores, hacer y deshacer leyes, aumentar contribuciones, y hacer el amor al rico y desesperar al pobre, proteger á los parientes, de rochar muchos millones, contratar cien mil empréstitos, dejarnos trampas atroces, bailar y comer en grande, hacer casas, comprar coches, perseguir á los periódicos que no son aduladores, comprar elogios muy caros, hacer de hombrecillos hombres, poner trabas á la industria, y dar al comercio golpes, y pedir mucho dinero, y producir mil desórdenes; eso es lo solo que saben esos benditos señores, que no sé si son políticos y merecen este nombre... lo que sé ¡voto á mi abuelo! ¡por vida del rey Herodes! es que son la mayor plaga que en España se conoce... ¡Política!... ¡Brava cosa!... Malhaya, Dios me perdone, la política moderna, que nos ensordece á voces, y nos tiene sin reposo, y nos ahoga y nos come... Y ellos, los hombres políticos, los que tienen pretensiones de dar al pueblo las leyes y ser como sus tutores, los que enseñarle debieran las virtudes que le honran, ¡qué buenos ejemplos dan... para que se admire el orbe! ¡Cómo charlan! ¡cómo riñen! ¡Jesús! ¡y cómo se ponen! ¡Qué patriotismo tan grande se ve en todas las cuestiones que arman por quien es más malo, cuando todos son peores. Cada cual va á su negocio y no quiere que le esorben, y, es claro, como son tantos y á un tiempo mismo no comen, se desahogan diciéndose toda clase de primores, y sacándose los trapos, que son trapos que corrompen, y con esto la política va á llegar Dios sabe dónde; pero los pobres paganos, los ajenos á los goces del presupuesto magnífico, que es al que aquellos se acogen, los que no son *haches ni erres*, ni comprometen el orden, ni quieren cargos ni cruces, ni parecer grandes hombres, y tienen amor al prójimo y no le dan cuatro coces, como hará acaso cualquiera necio que se empingorote, ni derraman otra sangre que la de algunos capones ó pavos por Noche-buena, si tienen con qué los compran, ó la de chinches ó pulgas cuando *infraganti* las cogen, ni escriben en los periódicos, ni quieren revoluciones... ni dan escándalo al mundo

por políticos y torpes.... esos son siempre las víctimas, esos son siempre los pobres, esos son los inocentes en tan horrible desorden, y los que sufren la pena en todas las ocasiones... El Gobierno, si hay apuros, hace que la mosca aflojen, si hay alarma sufren ellos las consecuencias atroces, y si hay tiros en las calles, por si corren ó no corren, los pegan como si fueran temibles conspiradores...

¡Política!... ¡Vaya al diablo!... ¡Qué es mas que una farsa torpe... y una riña de mujeres y un juego como el del monte?... ¡Es política la ciencia de gobernar?... Pues entonces ¿por qué no hay aquí Gobierno que gobierne bien, señores?...

TOROS.

Señor Director de EL CASCABEL.

Con sorpresa he visto que, al anunciar V. en su periódico que yo iba á escribir de toros, me ha calificado de *señorita*.... ¡Ay! ¡ojalá fuera así, señor Director! pero soy tan señorita como V. capitan general. Si yo fuera *señorita* con veinte años menos y la experiencia que tengo, habia de revolver el mundo y capear á los hombres.... ¡Ay! señor Director, no soy señorita, soy una señora, andaluza para servir á V., bautizada en la parroquia de San Lorenzo, en Sevilla, y de una familia que habrá V. oido nombrar seguramente, porque mi padre fué maestrante, y mi abuelo asistente, y mi marido.... ¡Ay! al llegar á este punto, permítame V. que dé un suspiro para que se me ensanche este corazoncito, que tanta penita ha sufrido, y que tan oprimido lo tengo.... De ahí viene mi aficion á los toros, señor Director, porque mi marido era,—¡ay! ¿dónde estará el arrastrado?—era el hombre más aficionado á toros que ha habido en el mundo. ¡Ojalá no se hubiera aficionado también á mí!... Un día, cuando era poco más que una niña,—tiempo hace ya de esto,—mi padre, que era alcalde y presidia la funcion, me llevó á los toros; parecióme entonces aquella una fiesta repugnante é indigna de un país civilizado; me asusté, grité, me desmayé, y en fin, mi padre, que tenia tal aficion, que una tarde se le quemó la casa, y no fué á ver el estrago hasta que se acabó la corrida, iba ya á resolverse á abandonar la funcion para volverme á casa, pero no la abandonó porque allí estaban dos caballeros muy majos, vestidos de curros, á quienes el autor de mis dias me confió, y que me acompañaron: V. dirá que todo esto le importa un pito, pero á mí me importa mucho decirselo á V., porque uno de aquellos caballeros era muy guapo, y tenia unos ojos como no he visto otros, y unas patillas que le hacian mucha gracia, y á mí tambien, y me enamoré de él como una tonta, como lo que era.... ¡Ay! ¡dichosa edad de las ilusiones!... Tambien yo le gusté á aquel indino, porque desde aquel dia ni uno dejó de ir á casa, ganando mi corazon con mil protestas de amor, y sobre todo con aquellos ojos, que los tengo comparados con dos luceros de los que por la noche salen á consolar mi soledad.

¡Oh poder del amor! yo, que aborrecia los toros, que me ponía mala y sufría horriblemente viendo en peligro á los hombres, y la agonía de los pobres caballos, y la de los mismos toros, dignos por su bravura y gallardia de mejor suerte que la de morir á pinchazos á manos de un torero, y para divertir al público, acompañé á mi padre á todas las corridas, porque allí estaba él, mi amor, que era, no solamente aficionado á toros, sino muy inteligente, tanto, que hasta llegó á torear algun dia en honor mio, y luego acabó por torear á mi tambien.

Como era, segun he dicho, tan inteligente en toros, á mí se me pegó algo de su inteligencia, ¡bien empleada por cierto! y á los pocos meses de amoros y toros con él, ya sabia yo lo que era un *golleteazo*, y disputaba con mi padre sobre si una estocada era alta ó baja, y sabia cómo se ponian las banderillas *alegando al toro*, aunque jamás habrá toro que se alegre de que le pongan banderillas, y podia dar razon de todas las suertes de capeo, entre las cuales siempre me ha chocado la llamada á la *Verónica*, no por otra cosa, sino porque dar ese nombre á una suerte torera, me parece un sacrilegio verdadero, y aunque tenga yo aficion á los toros, soy buena cristiana; y, en fin, los toreros, que eran todos amigos de mi padre y de mi novio, no se desdaban de hablar del oficio conmigo, y aun me pedian consejo, y no pocas veces mi padre, mi novio, ellos y yo sosteniamos una luminosa discusion sobre toros, á tiempo que nos remojábamos el paladar con sabrosas cañas de manzanilla, de aquella que solo se prueba en Sevilla, y que puede resucitar á cualquiera que no esté muerto.

Así salimos mi novio y yo tan aficionados á toros y cañas, que despues que nos casamos y pasó la luna de miel, que fué media luna, y por eso me llamo yo así, conocimos que no estábamos de acuerdo mas que en la aficion á los toros, porque en lo demás, Dios me perdone, parecia que nos inspiraba el demonio. El que era novio tan dulce, gracioso, generoso, servicial, tierno y apasionado, fué luego marido brusco, despotá, egoísta, infiel,—¡ay! esto era lo que más penita me daba,—ta caño para mí y pródigo para los demás,—ay! y para las demás, que era lo más lastimoso.—Las tres ó cuatro primeras corridas, despues de nuestro matrimonio, fuimos juntos, pero luego me indicó que no estaba bien que una señora fuese á los toros, y que esta aficion en una mujer era por extremo ridicula, si no repugnante. De aquí los toros y cañas en la casa conyugal. El quería

ir solo á los toros, y yo quería ir con él, más que por ver los toros, porque no fuera solo. Pero ¿qué mujer puede con un marido?... El mío acabó al fin por ir solo á los toros, y á mí no me quedó más recurso que ir por otro lado á los mismos toros. Una amiga me acompañaba,—acaso á él le acompañarían otras;—pero él lo supo, y se puso como una fiera, y me habló de los deberes de las mujeres,—que estos deberes siempre los tienen en la boca los maridos que no cumplen con los suyos,—me amenazó con tomar una seria determinación, y nuestro matrimonio fué un infierno.—Hubo una vez toros en Cádiz, y allá fué mi esposo, y yo detrás, sin advertírselo antes.

Hice mal, pero el también hizo mal; si uno de los dos hubiera cedido, no hubiéramos dado al mundo uno de tantos ejemplos de matrimonios mal avenidos; pero el caso es que el quería que cediera yo, y yo que fuera él quien cediese, con lo cual no cedimos ninguno de los dos.

Aquel día infamisto nos vimos en los toros en Cádiz, y volvimos á Sevilla juntos; pero el día siguiente, después de una gran reyerta entre los dos, era la que ambos nos mostramos tales cuales éramos, mi marido volvió sin anunciármelo á Cádiz, y desde allí se dirigió á la Habana, donde estará ahora, si no está en otra parte, porque habiéndome dejado lo suficiente para vivir,—si esta mia es vida,—no me ha escrito ni una letra. Yo, que me mareo fácilmente en tierra, me marearía de fijo en el mar, y por esto no me he decidido á ir á buscar á mi señor y dueño, y no solo por el mareo, sino porque sigo no queriendo ceder yo, sino que ceda él.

Desde entonces acá, no he perdido una corrida de toros, porque, aunque me falta el marido, me ha quedado la afición que un día fué de los dos, y por qué un secreto presentimiento me dice que, si por los toros perdí á mi esposo, por los toros y en los toros lo he de encontrar el mejor día.

Esta historia parecerá extraña á V. y á los lectores de su periódico; pero tengan presente ellos y V. que hay en el mundo muchas lances y muchas vidas verdaderamente inverosímiles, que son, sin embargo, la pura verdad.

Y basta ya para que los lectores y V. sepan quién soy yo. ¡Ojalá lleguen estas cartas á mi infiel fugitivo, y vuelva á mis brazos arrepentido! ¿Quién sabe si El CASCABEL me ayudará á recuperar al esposo que lloro perdido?—porque es un ídem,—y Dios me perdone.

He escrito ya mucho para poner á V. en autos de quién soy yo, y como no tengo costumbre de escribir, me canso, al revés de lo que les sucede á los novelistas por entregas, que no se cansan de escribir desatinos. Haré, pues, una ligera revista de la corrida extraordinaria, y no cansaré más por hoy al ilustrado público.

El primer toro se llamaba *Zafranero*, y se parecía á mi marido, que está en el otro mundo, es decir, en el Nuevo, en lo bravo y boyante, y en lo cornicorto, digo, en esto no se parecía á mi querido esposo; Calderon le puso cinco varas,—algunas más me puso á mí el supradicho,—y dió una costalada que le sabría á rosquillas; otras cinco le puso Arce, pero ninguno de los dos le picó bien. Mejor picaba yo á mi esposo cuando reñíamos. Villa viciosa y Chicorro le pusieron banderillas, clavándoselas como pudieron, y lo mató mi amigo el señor Lagartijo, atronándolo al primer intento, y no á voces, como yo atronaba á mi esposo.

El segundo se llamaba *Monjito*.—en cuanto sepa yo que he enviudado, también seré monjita.—Era cornivuelto y de mal trapio, como mi suegra, que esté en gloria; Arce le picó tres veces, y el pobre Calderon sufrió un puntazo, que por poco le cuesta la vida. Yust y otro caballero, á quien no he visto en mi vida, le pusieron banderillas con todas las reglas del arte; y el Gordito,—me gusta á mí un poco el Gordito.—lo mató de una corta algo baja, pero aunque fué baja, el toro se dió por satisfecho.

El tercero se llamaba *Capiroto*.—de capiroto es tonto mi marido cuando no me busca,—y era berrendo en negro y botinero, y muy blando, lo contrario que mi compañero. Tomó seis varas, haciéndole á Arce dar una caída, que si la hubiera dado yo, no escribiría hoy esta carta y se me hubiese ido cada trozo del cuerpo por un lado. Muñiz, un buen chico, le puso banderillas muy bien, y el *Cuco*.—no hay otro cuco como mi marido,—se portó también bravamente. El joven Tato,—¡preciable joven!—le mató de una buena á volapié, cambiando. Este es un torerito muy fino.

El cuarto se llamaba *Fusilero*.—así llamaría Hoyos á todos sus toros si los tuviera,—era negro, liston, cornialto y buen mozo, como mi consorte, y descompuesto de la cabeza, lo mismo que el citado. Once varas tomó, las justas para una camisa: Muñiz y Anton le banderillaron con un poco de asco, por aquel inconveniente de los cuernos que tenía el vicho,—que si no hubiese tenido cuernos hubiese sido más fácil banderillarle, y lo mató el mismísimo Tato de una tendida.

El quinto se llamaba *Medias negras*, como las usaba mi respetable abuelo; salió avante y esquivaba la lid prudentemente. Era un toro filósofo, que no quería cansarse, sabiendo por oídas la suerte que le esperaba. Pusieronle banderillas de fuego, lo que es una iniquidad, y lo mató el eminente artista Gordito, de una estocada, cuarteando. El animal no se defendió, murió resignado y contento de no ver las cosas que han de pasar en este mundo.

El sexto se llamaba *Verdugo*, mulato, *corniapretao*, como buen portugués; tomó cuatro varas, lo capeó *Lagartijo* y lo mató de dos pinchazos y una delantera.

Y acabó la función, y salimos mi amiga y yo de la plaza, seguidas de un senador que me persigue, porque es corto de vista, y porque no sabe que soy una mujer casada. En la Puerta de Alcalá tomamos un *ómnibus*, que nosotras somos muy valientes, y en cuanto llegamos á casa escribí la presente, cuyas muchas faltas perdonarán los lectores, y V. á su A. S. S.

MEDIA LUNA.

EN UN ALBUM.

Tu mandato cumplo fiel,
que hablar de ti me prohíbe;
Sofía, el album recibe
con mi nombre escrito en él.
A grabarlo en un papel
se limita mi ambición,
ni espera otro galardón,
ni lo merece quizá;
otro más feliz sabrá
grabarlo en tu corazón.

calle, enviémos la cucharada de exigüe sopa que lleva á sus labios, á la luz del sol, el pobre que proclama con indiferente franqueza su miseria! ¡Son preferibles ántes todos los tormentos de los condenados, todas las angustias del reo sentenciado á muerte, á esa lucha sorda y continua que roe y marchita el alma, que enerva las fuerzas físicas, que nos hace desear el tranquilo sueño de la muerte! Es verdad que al lado de esa inmensa desdicha, vela el ángel de la resignación cristiana.

Hay una profunda sima en la concavidad de los mares, á la cual los navegantes dan el nombre de Monodero. Las lejanas oleadas vienen á precipitarse en ella con una rapidez increíble; la horrible boca se traga incesantemente cuantos bageles se hallan en las aguas, que ella con incesante furia absorbe. Esa sima es la muerte; las rápidas oleadas son los días de la vida. ¡Llegan mugiendo, pasan rápidamente y se hunden para siempre! Penas y alegrías, todo llega y desaparece, sin que apenas tengamos tiempo de llorar ó de regocijarnos. Los acontecimientos se empujan unos á otros, y cuando empezamos á darnos cuenta de cuanto nos sucede, todo ha desaparecido sin dejar apenas un vestigio.

Tengamos resignación, esperemos. El viajero sorprendido por la noche y la tempestad en medio de su camino, se acoge á la sombra de un árbol que apenas le presta abrigo; pero no se entrega á la desesperación, porque sabe que la tempestad es pasajera, y que la aurora ha de brillar infaliblemente en el cielo.

¡Oh! ¡vosotros los que sufrís, pensad que la vida es breve, y que tras ese azul de mágicos fulgores hay un lugar de eterno descanso para el misero peregrino; hay un lugar de beatitud sin límites para los que aquí han sabido recoger las palmas del martirio!

Pensemos, si por el contrario la fortuna nos sonríe, que la caridad es el crisol milagroso que depura las faltas de los ricos, el suave néctar que sazona sus delicias; pero no nos contentemos con tender una mano benévola al que pide una limosna en nombre de Jesucristo, porque aunque es digno de ser atendido, no es el más digno de conmiseración y respeto. Busquemos á esos tristes individuos cuya desdicha he procurado pintar; penetremos en el secreto hogar donde se esconden la vergonzosa amargura, donde tal vez una madre asiste á la agonía de su único hijo sin poder darle una taza de caldo que le reanime; donde tal vez el aterido anciano no tiene una seca retama con que calentar sus miembros; donde tal vez la esposa, rodeada de nume-

Sufra, pues, sin murmurar,
sufra mi nombre, Sofía,
la misma suerte que un día
pueda á este libro tocar.
Si en momentos de pesar
con sus páginas te enojas
y en el fuego las arrojas,
irá mi nombre con ellas....
¡Ay de quien no deja huellas
sino de un libro en las hojas!

VENTURA DE LA VEGA.

Febrero 1856.

CRÉDITO AL TRABAJO.

A los intereses de las clases industriales conviene que hagamos la siguiente aclaración:

1.º La citada Empresa no puede bajo ningún concepto compararse á cualquiera otra de las establecidas en España, siendo también por consecuencia inoportuno y fuera de lugar envolverla en la misma censura ó elogio que sean comunes á las demás.

2.º Los fabricantes, maestros, jefes de taller, etc., que interpretando torpemente los generosos y benéficos fines de la Empresa, aparten de sus operarios la idea de inscribirse en ella, no se proponen otra cosa sino conservarlos *dependientes* toda la vida para que sirvan á su egoísmo.

3.º Los operarios de toda clase que se hayan enterado del prospecto y consultado sobre el en las oficinas de la Empresa, no deben ni les conviene bajo ningún concepto pedir consejo para inscribirse á compañeros, que sin saber una palabra del asunto, cuanto les digan no puede tener valor alguno.

4.º Por último, á los mismos fabricantes, jefes de taller, maestros, etc., les conviene sobremanera que los operarios se acostumbren á conocer la relación entre el capital y el trabajo, único medio de evitar las coaliciones para el aumento de jornales, que nunca tiene lugar en los países donde los intereses industriales gozan de aquella verdadera armonía que da la prosperidad general.

CASCABELES.

Dicen por ahí que los moderados no entrarán en el poder hasta que se haya arreglado la Hacienda y haya dinero. Largo va.

Y de esta noticia infiero,
aunque lo siento bastante,
que no quiere un gobernante
otra cosa que dinero.

Hemos tenido la satisfacción de visitar la fábrica que en las inmediaciones del Escorial, á treinta pasos de la estación del camino de hierro, ha construido la sociedad *La Azucarera refinadora*. Es un magnífico edificio, sólidamente construido y que hace honor al ingeniero director. La maquinaria precisa para las diversas opera-

rosos hijos hambrientos, sigue con inquieta mirada el trabajo que su marido, pálido y trémulo, está acabando con febril energía.

Procuremos levantar una punta del velo que encubre esos espantosos cuadros, deslicémonos cautamente en esos tristes asilos... y no podrá darnos el mundo goces más puros que los que sentiremos al presentarnos á nuestros afligidos hermanos como el ángel del consuelo, viendo sus lágrimas convertidas en sonrisas, oyendo sus fervientes bendiciones.

Y si tal vez hallásemos ingratitud, ¿qué importa? El que al conceder un beneficio cuenta con el agradecimiento, no es más que un vil mercader de caridad y de benevolencia. Imitemos á Dios, que todo lo da sin usura: imitemos á la naturaleza, que nada pide en cambio de sus dones.

Pero sigamos á nuestro joven. Su traje era decente. No estaba arreglado á la última moda, es verdad, pero tampoco chocaba por la antigüedad de su forma. Llevaba una levita de paño azul, únicamente que el paño no conservaba ni una sombra de pelo, advirtiéndose que solo debía al cepillo la prolongación de su venerable existencia. Tampoco el sombrero se hallaba en mejor estado, y su color dudoso marcaba imprudentemente el transcurso del tiempo. En cuanto á las botas, hacía la puata tenían unas rayas más negras que las demás, en las cuales un observador negligente solo hubiera visto unas gotas de tinta, que acaso se hubiera dejado caer en ellas por descuido; pero otro más experto hubiera adivinado que aquella tinta encubría algún deplorable misterio.

No obstante, su camisa era blanca como la nieve, su corbata anudada con cierta gracia, y por debajo del sombrero asomaban sus cabellos negros, arreglados con sumo aliño.

Su fisonomía era dulce y expresiva; pero sus mejillas estaban pálidas y hundidas, y su frente surcada de precoces arrugas. Sus ojos tenían un inquieto brillo, como el que les comunica el fuego de la calentura, y debajo de sus párpados se veía otro profundo surco, que parecía haber sido formado por la huella de las lágrimas.

Con todo, á medida que dejaba atrás las sucias calles que median desde la de San Vicente á la del Barquillo, cuando hubo traspueso la de Alcalá para entrar en el Buen retiro, sus pálidas mejillas se sonrosaron, sus lábios se contrajeron con una plácida sonrisa, y sus ojos despedieron rayos de melancólica dulzura.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuación.)

¡Ay, Luisa! si nos fuera dado asistir á los lúgubres dramas que se desenrollan en el silencio del hogar doméstico de la misera clase media; si pudiésemos comprender todo el horror de las batallas que sostiene en el misterio, batallas en que los vencidos no recogen ni una lágrima, y los vencedores ni un laurel, sentiríamos el corazón traspasado de angustia y de quebranto. El hombre honrado de la clase media, es el Tántalo de la sociedad; tiene hambre y sed, y no puede tender la mano para coger los más sabrosos frutos que ve oscilar delante de sí, y se ve forzado á ocultar cuidadosamente que tiene hambre y sed, para no servir de escarbio y mofa á todos, á los ricos y á los pobres, porque ricos y pobres son sus más encarnizados enemigos. El mendigo tiende la mano y pide una limosna por amor de Dios; el desheredado de la fortuna, acostumbrado á trabajos groseros, despojado de todo orgullo, á causa de su falta de educación, puede entregarse á los más rudos quehaceres para procurarse un pedazo de negro pan; el hombre pobre de la clase media, nada puede hacer para salir de su angustioso estado; tiene que cruzarse de brazos, levantar los ojos al cielo y esperar la muerte. ¡Horrible condición, que parece excepcional, y que no obstante es tan frecuente, que si nos fuese dable penetrar esos misterios, hallárimos á cada dos puertas una de esas espantosas miserias encubiertas con el velo de un ficticio bienestar. ¡Cuántas lágrimas amargas derramadas entre las tinieblas, cuántos suspiros que no hallan eco en ningún corazón amigo, cuántas plegarias terminadas en imprecaciones y blasfemias! ¡Ah! plegue á Dios que nunca perdamos esa modesta medianía, en la cual se halla refugiada la verdadera dicha. ¡Plegue á Dios que jamás al pasar por la

ciones de la fabricacion está ya colocada, y sin pasar mucho tiempo esta fábrica empezará á repartir por toda la Peninsula sus productos.—Con mil contrariedades ha luchado esta Sociedad; en el Gobierno no ha encontrado apoyo alguno, y sin embargo, la fe de los asociados y la voluntad é inteligencia del Director Gerente, señor Taboada, han vencido obstáculos tras obstáculos, y á aquellos y á este deberemos la ventaja de tener á las puertas de Madrid una fábrica de azúcar donde, á juzgar por los elementos allí reunidos, se elaborará un género inmejorable. Cuando la honradez y la inteligencia son la base de estas sociedades, incalculables son los bienes que pueden producir. *La Azucarera refinadora* es un gran paso en favor de la industria y del comercio, y el Director gerente merece los más sinceros parabienes por el celo con que llena su cometido.

Charadita del número anterior.

Mi estimado don Narciso, mamá me ha dado permiso, y luego esperaré.... Conque á ver, que venga usted, á llevarme al *Paraiso*.

Juanita.

El servicio telegráfico para el público se descuida á veces, con perjuicio de aquel que paga para que le sirvan bien. Sabemos de una familia, que acaba de sufrir un gravísimo disgusto por no haber sido transmitido á tiempo un parte telegráfico anunciando la muerte de una persona.

Magníficos van á ser los conciertos de mi amigo Barbieri. El público amante de la música los espera con ansia, señal evidente de que el público sabe que estando aquel popular maestro al frente de 165 profesores buenos, va á estar quien los oiga, como en un *Paraiso*, que no se parecerá al del teatro Real.

Logogrifo del número anterior.

Logogrifo es en verdad que no hay nadie que lo entienda esa gran calamidad que se titula la *Hacienda*.

Un ministro.

Segun dicen los periódicos, el hijo del desdichado capitán Espinosa, una de las innumerables víctimas de la política, ha sido presentado á la Tertulia progresista. Habrá quien quiera hacer de este niño, cuando sea hombre, un hombre político; si nosotros hubiéramos de aconsejarle, le diríamos que siempre se apartase con horror de la política, que esto es seguramente lo mismo que le aconsejaría su infeliz padre, que en paz descansase, si pudiera volver al mundo. ¡Pobre niño!...

Geroglífico del número anterior.

Nosotros somos los buenos, nosotros, ni más ni menos.

El señor Ossorio y Bernard ha sido nombrado redactor de *La Gaceta*. Es un antiguo y laborioso empleado que merece eso y más.

El artículo *Galería de matrimonios*, que no ha podido terminar en este número por falta de espacio, concluirá en el del domingo próximo.

Charadita.

La primera y la segunda la encuentra todo industrial con la gran contribucion que le obligan á pagar; segunda y tertia al soldado darle suele el capitán cuando el soldado está enfermo y va el pobre al hospital; la segunda repetida cómo te se cae verás cuando estes más satisfecho de ser abuelo ó papá; la cuarta, segun las señas es un signo musical; y la quinta está en los toros, sin ella fñcion no hay; de segunda con la quinta tu esposa acaso tendrá un vestido muy bonito que tuviste que pagar; y son el todo los hombres que con incansable afán trabajan, y honradamente su vida saben ganar.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á los infinitos amigos del señor Gullon, conocido y acreditado editor de obras dramáticas, que, gracias á Dios, está algo mejor de la penosa enfermedad que hace un mes le tiene postrado en el lecho. Los autores dramáticos que tienen en el señor Gullon un administrador inteligente y cuidadoso, y nosotros, que nos honramos de muy an-

tiguo con su amistad, deseamos su completo restablecimiento.

La disidencia acabara con este Gobierno. Como aquí todos son hombres importantes, el Gobierno está siempre á merced de unos cuantos personajes de estos.

Nosotros no defendemos al Gobierno, que le creemos impotente para arreglar la cosa publica de la manera que exige el estado á que hemos llegado; pero como somos imparciales, tenemos que decir que aquí no hay ya Gobierno posible, que aquí no hay más que exageraciones, y que ni se sabe gobernar ni se sabe hacer la oposicion, y lo que domina es la pasion, y los caracteres que distinguen á la política que se usa, son el odio y la vanidad y la más supina ignorancia.

Y el que se pique, con su pan se lo coma. La verdad es la que hemos dicho.

Al decir de los unos, el ministerio está muerto. Otros dicen por el contrario, que está vivo. La Union liberal tiene fuerzas y bríos, dicen unos. La Union liberal no tiene fuerza ni vale dos cuartos, dicen otros.

Todos tienen razon, porque el Gobierno está muerto en la opinion pública, y vivo porque cobra, porque la Union es fuerte cuando está en la oposicion, donde estará dentro de poco, toda vez que en la oposicion hace y pide lo contrario que en el poder, y está hecha una lástima hoy porque gobierna sin saber gobernar, y porque todas las contradicciones le salen á la cara.

En resumen: este es un lio muy gordo, y este Gobierno es como todos, ni más ni menos.

La Correspondencia, á propósito de la enfermedad de un diputado, decia el otro dia que *toda la ciencia médica estriba á veces en el conocimiento exacto de los padecimientos*.

Magnífico descubrimiento ha hecho aquel periódico! Precisamente hasta que él lo ha dicho nadie sabia en qué *estribaba* (¡con qué oportunidad está aplicado el verbo!) la ciencia médica.

Médicos, confesad vuestra ignorancia y celebrad al nuevo Galeno, que os viene á decir en qué *estriba* la ciencia médica, que vosotros creéis sin duda que *estribaba* en la hechura de las botas, ó en la punta de los pelos.

En nuestra Administracion se venden los *Cantares de Palan*, á 4 rs., *El Cardillo de los ciento*, á 14, y el tomo segundo de *EL CASCABEL*, á 30 rs. encuadernado en rústica, y á 38 en holandesa. Compren VV. las tres cosas. Tomos segundos de *EL CASCABEL* no quedan más que sesenta.

El presbitero don Tristan Medina, en un bien escrito documento, reniega de la política y promete ser únicamente sacerdote, cumpliendo con sus deberes. Damos el parabien al celebrado orador.

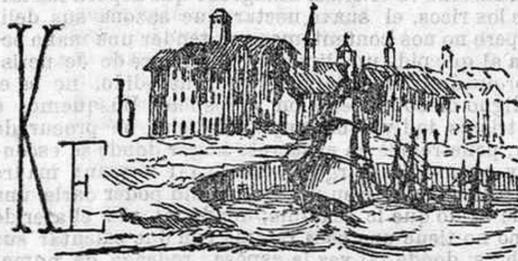
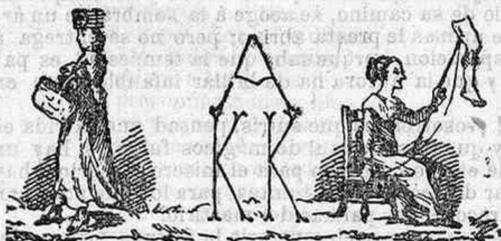
¿Por qué son los españoles los hombres más sufridos del mundo, los más robustos y los más bonachones?

Porque fuman el tabaco que se vende en los estancos.

«A consecuencia de haberse padecido équivocacion en la alineacion de la casa calle de las Huertas, número 42, sobre si ha sido culpa del arquitecto municipal, particular ó de la Junta Consultiva, se ha tomado la injustísima medida de no permitir por ahora otras construcciones en dicha calle. Es un modo indirecto de atentar contra la propiedad, porque son cinco los dueños de casas que tienen suspenas sus construcciones, que darian trabajo á doscientos jornaleros y pan á sus familias.»

Pues si así ha de seguir la cosa hasta que se averigüe el origen de este incidente y se le dé solucion, ya están frescos los que estén esperando. Ahora expediente, luego pleito, y puede que cuando suene la trompeta del juicio dure todavia la cuestion y esté la calle de las Huertas sin que en ella se permita ni siquiera poner un ladrillo.

GEROGLÍFICO.



SAL Y PIMIENTA.

Biblioteca de obras festivas, ilustrada con profusion de vietas, dibujo de Miranda, grabado de Capúa.

Se han repartido las entregas 9.ª, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 18 de la biblioteca ilustrada de obras festivas *Sal y pimienta*. Están en prensa, y se repartirán próximamente: la 19 y 20.

A provincias se enviarán juntas de la 17 á la 20 en la semana próxima.

Precios de suscripcion: En Madrid, 6 rs. por tres meses, 12 por seis y 24 por un año.

En provincias 8, 14 y 28, remitidos en sellos ó libranzas á la Administracion.

Administracion de la Biblioteca, Caños, 4, bajo.

ANUNCIOS.

Santal español y Año cristiano, el más Completo de los publicados hasta el dia, adornado con 24 preciosas láminas á dos tintas, litografiadas por el señor Escarpizo, publicado por don Manuel Arroita y Gomez, editor, y censurado por el señor don Juan Bolaños, cura párroco de San Millán de esta corte.

Consta de dos gruesos tomos de más de 750 páginas cada uno, su precio 96 rs. cada ejemplar; tambien se admiten suscripciones á medio real la entrega y 8 reales al mes, en la Administracion, plaza de Santa Bárbara, 2, 3.ª izquierda.—Tiene concedidos 1,360 dias de indulgencia.

JUSTO MONTOYA,

CONSTRUCTOR DE CARRUAJES, PREMIADO POR S. M.

Gran fábrica movida al vapor y dotada de cuantos elementos son necesarios para la más esmerada, rápida y económica construccion de toda clase de carruajes, y fundicion de hierro.

Almacen de coches de lujo en el que se reciben tambien los pedidos para la fábrica con presencia de los últimos dibujos en color, de Paris, muestras de pinturas, etc.—Salon del Prado, 8, junto á San Fermin.

En Vitoria.

En Madrid.

PRECIO DE LOS CARRUAJES:

Los mismos que sus similares valen por término medio en Paris, ó sea un 25 por 100 más baratos que se venden estos en Madrid.

Contabilidad practica mercantil, por Francisco de Soria y Moñus. Precio de la obra, 17 rs. A su autor, en las oficinas de *La Tutelar*, calle de Alcalá, en Madrid.

Casa en venta.—Barrio de Chamberí, carretera de Francia, se vende una de planta baja, núm. 35, libre de procedencia y sin carga, útil para recreo, fábrica ú otra cosa análoga; en la misma daran razon. Se halla frente de la fabrica de papel pintado.

En diez y nueve mil reales anuales se alquila el cuarto principal con cochera de la casa de nueva construccion, calle del Piamonte, núm. 6. Consta de muchas y elegantes habitaciones, con dotacion de agua de Lozoya, magnífica entrada y escalera decorada con gusto. Le manifestará el portero, y para tratar de condiciones, en el cuarto 3.º de la derecha de la misma.

Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

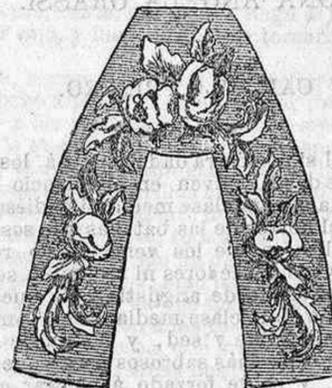
Comercio de sedas.

CALLE MAYOR, NÚM. 50, CASA ESQUINA Á LA DE BORDADORES.

FÁBRICA DE MIRINQUES. DEPÓSITO DE CORSÉS.

Especialidad en bordados en cañamazo y estambres de Berlín.

CORTES DE ZAPATILLAS BORDADAS.



ALMOHADONES BORDADOS. TIRAS PARA FORTIERS.

Además de los géneros acabados de expresar, se han recibido los siguientes artículos de estambre:

Capas, gabanes para niño.—Polainas, medias y zapaticos.—Garibaldinas y faldas.—Mangas, mitones, muñequeros y guantes.—Corbatas y chalinás.

Tambien se acaba de recibir un buen surtido en Agremanes y adornos de pasamanería para vestido.—Flecos de torzal, pasamanería, madroños, pelo de cabra y otras clases.—Cordones de seda y lana para vestido, y encajes de hilo.—Broches, hebillas y cinta de seda para cinturón.—Redecillas de todas clases, y perfumeria.

Por lo contenido en este número.

F. Perezgona.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de *El Cascabel*,

A CARGO DE M. BERNARDINO,

calle de los Caños, número 4, bajo.